

Biblioteca-Films

El árbitro de la elegancia

Núm. 91

25

cénts.



JOHN
BARRYMORE
Y MARY
ASTOR



BEAUMONT, Harry

Año II

Núm. 91

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Cataluña, 98

Teléfono 173-11
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

El árbitro de la elegancia

(GEORGE BRUMMEL, 1774-1840)

Obra inspirada en la vida de Jorge Brummel, una de las figuras más salientes del siglo XVIII, durante el cual reinó de manera breve, pero imborrable, como rey de la moda, de la elegancia y también... de los corazones

Exclusiva:

Cinematográfica Verdaguer, S. A.

Consejo de Ciento, 290-Barcelona
Plaza del Progreso, 5-Madrid

PERSONAJES

Maid Margery
Jorge Bryan Brummel
El Príncipe de Gales
Carlota, Duquesa de York
Lord Alvanley
Madre de Maid Margery
Lady Hester

INTERPRETES

MARY ASTORT
JOHN BARRYMORE
Willard Louis
Irene Rich
William Humphrey
Clarisse Selwyn
Carmel Myers

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Estamos en el ocaso del siglo XVIII, en el año 1785.

Notábase inusitado movimiento en el castillo, residencia veraniega del naviero Astort.

Este castillo, rodeado de esplendorosos jardines, estaba situado en un pintoresco recodo, sobre el río Támesis, a unas diez millas de Londres.

Lujosos coches, sillas de manos, llevadas por libretados criados de peluca empolvada, levita roja y calzón corto, llegaban sin cesar, conduciendo a los invitados a la boda de la hija del señor Astort, la encantadora Maid Margery, con un caballero de esclarecida estirpe, Lord Alvanley, coronel del décimo Regimiento de Húsares y muy estimado en la Corte, boda que se debía celebrar aquella misma noche.

Todo era alegría en el castillo, es decir, todo lo que trascendía al exterior, pues una nube de tristeza se cernía sobre el espíritu de la novia y le oprimía el corazón: ella era juguete de la ambición de sus padres, quienes, con el fin de emparentar con un magnate, tan bien introducido en la Corte, no titubearon en sacrificar el

corazón de su hermosa hija, que ésta había ya prometido a su elegido, Jorge Bryan Brummel, apuesto joven, capitán del décimo Regimiento de Húsares, que manda Lord Alvanley.

Los salones del castillo rebullen de una multitud de personas de pro, quienes esperan al Príncipe de Gales, pues este regio personaje había prometido su asistencia a la boda del coronel Alvanley con la hija de la casa.

La luna iluminaba con destellos de plata la inmensa silueta del vetusto castillo.

La novia, vestida ya con sus albas prescas, sale a un terradillo, al que dala una de las puertas de su alcoba: y es que su pecho atribulado necesita aire puro.

Maid Margery oye ruido de pasos en el arenado pasco del parque y distingue, a la claridad de la luna, a un oficial de húsares que, muy quedamente, se iba acercando al torreón muy próximo al terradillo en donde se hallaba la joven.

—¡Maid!—oyó ella como un susurro—. ¡Soy Jorge!

Maid Margery se apresuró a descender al jardín por una escalera excusada.

—¿Tú, Jorge?

—Sí, Maid, me resistía a creer que tú te casaras con otro después de tus promesas, y vengo de un extremo de Escocia para cerciorarme de ello. Estoy ahora convencido de que no me han engañado quienes tal me aseguraban, pues veo que ya vistes el velo nupcial... ¡Supongo que no será para casarte conmigo!

—No me martirices más, Jorge, bastante pe-

na sufre ya en tener que obedecer por la fuerza a las exigencias de mis padres... La egregia cuna de mi novio les ha cegado, y yo no he podido rebelarme contra esta determinación... No me maldigas, Jorge... Mi cuerpo podrá pertenecer a otro hombre; pero mi corazón será eternamente tuyo.

—Jamás podré olvidarte, Maid... La vida será para mí la más pesada de las cadenas... ¡Qué horrible es tener que asistir a la muerte de una pasión tan fuerte como la nuestra, que es el recuerdo más hermoso de nuestra florida juventud!

—¡Más doloroso es para mí tener que perderte para siempre y renunciar a la misma vida... o al honor que es máspreciado don todavía! Jorge, llévame contigo... Te seguiré hasta el fin del mundo.

—Maid, sólo poseo mi corazón, que es más tuyo que mío... Ah, si yo fuese rico!... Forzoso será resignarnos con nuestro adverso destino... ¡Adiós para siempre, Maid!

—¡Jorge, amado mío!

Entrelazáronse en apretado abrazo, mientras sus bocas se juntaban en apasionado ósculo... ¡Hay besos que valen una vida!

En el jardín sólo se oía el quejumbroso y silboso canto de la corneja y, muy lejano, casi imperceptible, el rumorero de los convidados que llenaban los salones del castillo, como el susurro de las olas del mar oído a distancia.

Abrazados estaban los amantes, en un delirio de amor, cuando él pisó en la arena de

alguien que se acercaba, les vino a suar de su éxtasis. Volviéronse.

—¡Oh, mi madre!—exclamó Maid.

Era, en efecto, la orgullosa madre de Maid Margery que venía a abreviar la triste despedida de los enamorados.

—¡Supongo, Maid—reprenió con acritud la castellana—, que no echarás por tierra nuestros proyectos por culpa de este don Nadie!

—¡Oh, yo le amo!

—Vamos al salón, pues ha llegado el Príncipe de Gales, y Lord Alvanley, tu noble prometido, está impaciente.

En aquel momento, un personaje se acercaba al grupo. Era el nombrado Lord Alvanley.

La madre, queriendo anular el mal efecto que la presencia del capitán causaría al novio de su hija, se apresuró a dar una explicación al coronel Alvanley, presentando a Jorge:

—Mi amigo de la infancia que ha venido a felicitarte a Maid por su boda.

—Nos conocemos; el caballero es un capitán de mi regimiento.

El coronel comprendió el alcance de la presencia del capitán Jorge Brummel; pero, el escándalo y el ridículo le contuvieron, contentándose con decir al amante de Maid, al mismo tiempo que le entregaba una moneda:

Capitán, tal vez esta moneda le traiga la suerte.

Tomó Brummel la moneda, y comprendió que el coronel le lanzaba un reto. Su respuesta fué una mirada de odio, a la que contestó el novio con estas palabras amenazadoras:

—El Príncipe de Gales nos espera, y toda demora fuera una ofensa. Otro día arreglaremos nuestro asunto.

Dijo Alvanley, dió el brazo a su prometida y fuéronse, quedando inmóvil el amante dotal, con el corazón hecho añicos.

Y mientras los rumores de la fiesta, presidida por el Príncipe de Gales, llegaban a los oídos de Brummel, como ecos de despedida de una dicha soñada y malograda en malhora, rodaban por sus mejillas dos lágrimas, último tributo a un amor sepultado en lo más hondo de su corazón.

En medio de inusitada pompa, la hermosa Maid Margery contrae matrimonio con el coronel del décimo Regimiento de Húsares, Lord Alvanley, apadrinando a los novios el Príncipe de Gales.

II

El décimo Regimiento de Húsares ha acompañado al Príncipe de Gales, para darle escolta, hasta el castillo de Astort. El Príncipe y los oficiales de su escolta están de regreso, y se hospedan en la posada denominada de «La Gallina y el Gavilano», donde deben pernoctar.

En la soledad de su aposento, hállase Jorge Bryan Brummel, ensimismado en su desdicha. Tiene en sus manos un medallón con el retrato de su amada, que contempla con los encontrados pensamientos de tristeza y embalseo.

[Triste momento aquel en que el hombre



Revelense los dondys. (pág. 12).

se convence de que sus solas prendas personales no valen nada para obtener el amor de la mujer anhelada!...

Jorge había perdido la única ilusión de su vida... ¿Qué mayor venganza que imponerse a los necios por su elegancia y desenfado?

Eso pensó y, consecuente con su idea, se dijo: «Jorge, debes imponerte a los necios, dominándolos por tu desenfado y a las mujeres por tu elegancia.»

En la posada de «La Gallina y el Gavilán» el Príncipe de Gales y los oficiales del Regimiento que le da escolta, entretienen las horas que faltaban para su partida hacia Manchester.

Jorge Bryan Brummel departe con Lord Henry, capitán a las inmediatas órdenes del Príncipe.

—Lord Henry—le dice Brummel—, creo adivinar que preferiríais ceder a otro vuestro puesto cerca del Príncipe de Gales.

—En efecto, si vos queréis ocupar el mío, durante el convite que hoy nos da el Príncipe, os lo cedo.

—Aceptado.

En aquel momento, apareció el Príncipe de Gales en el comedor del mesón, en cuyo centro se había preparado una gran mesa, para celebrar el banquete que el regio personaje daba a sus oficiales.

Todos se cuadraron.

—¡A la mesa, señores!—ordenó el de Gales.

Los oficiales pasaron a ocupar sus puestos y quedaron en posición de firmes. A la derecha

del Príncipe—que ocupó el testero o cabecera de la mesa—, situóse el capitán Jorge Bryan Brummel.

—¡Siéntense, amigos!

Los oficiales obedecieron.

Durante el banquete Rosina, la esposa del posadero—una mujer joven y bellísima—asomóse a la balaustrada de una galería que daba a la gran sala donde se verificaba el convite.

La singular belleza de Rosina llamó poderosamente la atención del Príncipe, quien no quitaba los ojos de la mesonera.

Dióse cuenta Brummel de los «distinguidos» gustos del magnate e, inclinándose hacia él, le manifestó:

—Príncipe, esa mujer tiene fama de ser la más bella de la comarca... He aquí una excelente ocasión para añadir una nueva victoria a las muchas de vuestra fama de galante.

—Hermosa es la villana!

—Y maligna... Mirad como os mira con insistente sonrisa.

El Príncipe hizo un guiño a la linda mesonera, al que ella correspondió con otro no menos significativo.

Sin ningún miramiento y con gran escándalo de los oficiales, el Príncipe de Gales abandonó la mesa y subió hacia donde se hallaba la bella esposa del mesonero con la que tuvo un amante coloquio.

Enteróse el mesonero de la ligereza de su mujer y ya subía a pedir explicaciones al oficial que con ella estaba, pero Jorge Bryan

Brummel, que vigilaba en la parte superior de la escalera, cuando notó las intenciones aviesas del posadero, corrió a avisar a Príncipe:

—Alteza, mételos en ese armario, deprisa.

Y, empujándole, le hizo entrar y encerró en un armario ropero, mientras él abrazaba a la mesonera con efusivo arrebató.

Llegó el marido y se enfureció, con sobrada razón, con su infiel cónyuge, a quien regañó amargamente.

—¿A qué vices—le preguntó Brummel—si no he tocado la campanilla?

—Es mi mujer—respondió el posadero.

—Tuya es y de hoy más deberás tratarla con más respeto, porque ha sido abrazada por un caballero.

Brummel puso en manos del esposo un bolso lleno de libras, con lo cual apaciguó las furias del marido y el asunto quedó terminado.

—Al fin y al cabo—replicó el posadero sonriente—, este lance acabará por acreditar mi establecimiento. La belleza de mi mujer atraerá muchos caballeros...

Cuando desaparecieron el posadero y su cónyuge, salió el Príncipe de su escondrijo, estupefacto al ver ante sí a todos los oficiales.

—¡Por San Jorge!—exclamó el de Gales dirigiéndose a Bryan Brummel— Te confieso que eres más audaz que yo... Tú ingenio es portentoso.

—No admito la lisonja, pues no me puedo comparar con Su Alteza.

—Jorge, eres muy grande.

—Me permito suplicar a Su Alteza me autorice para retirarme del ejército.



...abofetó con su guante (pág. 15).

—¿Renuncias a seguir sirviendo a tu Patria?

—Estoy dispuesto a sacrificarme por mi país en todas partes, menos en Manchester?

—¿El motivo?

—Por la sencilla razón de que desee no separarme de Su Alteza.

—¡Muy bien, simpático Brummel!... Desea a tus camaradas una feliz permanencia en Manchester... ¡Que les sea feliz su estancia allí!... En cuanto a nosotros iremos a Londres. ¿no te parece?

Así, gracias a su desenfado aristocrático y exquisito trato, fué ganando Jorge Bryan Brummel las simpatías del Príncipe de Gales y de los magnates.

Años después, en 1811, el Príncipe de Gales gobierna como regente en Inglaterra, y Jorge Bryan Brummel reina como árbitro de la moda y de los corazones femeninos.

Las damas más hermosas y linajudas se disputan su amistad y sus sonrisas, y los poderosos le adulan para obtener, del Regente, mercedes por su mediación.

A tanto llegó su popularidad, que cada mañana, remítanse, en su casa de Londres, los dandys de la época para copiar su último traje o enterarse del último escándalo galante de que Brummel había sido protagonista.

En su casa, lujosísima, se fraguaban, iniciadas por Jorge, las modificaciones de la moda masculina; así—para no citar más que un ejemplo—con el fin de protestar del impuesto establecido sobre los polvos, Brummel lanza la moda de los cabellos naturales, siendo él el primero en suprimir la empolvada peluca.

Jorge Bryan Brummel tenía un peluquero para arreglarle el tupé, que él puso de moda;

otro, para cuidar de sus patillas, y un tercero para el último toque de su peinado general.

Eran tantos sus gastos y los cuidados de su administración, que llegó a nombrar un su apoderado-administrador. Confió esta delicada misión a un tal Mortimer.

III

Llega a casa de Jorge Bryan Brummel uno de sus acreedores, algo molestado por la tardanza en cobrar unas facturas.

—Peto escucha, Mortimer, ¿cuándo me pagará tu amo las facturas que me debe?

—Yo no tengo amo; soy el escudero de un caballero sin miedo y sin tacha.

Y mientras este acreedor se despepila para hacer valer sus derechos, penetran en la habitación cuatro acreedores más que se juntan al primero en un desconcierto atronador, exigiendo el pago de diversas obligaciones de Brummel.

Y cuando así vociferaban los acreedores contra Mortimer, hizo su entrada en casa del árbitro de la moda, el Regente, Príncipe de Gales.

Los acompañantes del Príncipe, juntamente con el elegante dueño de la casa hicieron irrupción en el salón donde discutían los acreedores con Mortimer.

—¿Qué son estos gritos en casa del distinguido señor Brummel?—inquirió el Regente.

El árbitro de la moda comprendió lo que

significaba la presencia de aquellos señores y se apresuró a contestar con gran aplomo:

—No os extrañe, Alteza, son gentes que se encuentran en apuros y vienen a pedirme dinero.

Los acreedores recibieron el latigazo sin pestañear y salieron corridos.

—Querido Jorge—manifestó el Regente—, ¿no te parece que organices una fiesta para unos cuantos amigos y... amigas para esta noche, a las ocho?

—Me parece mejor, Alteza, la hora de las nueve. Es mi hora—replicó con entereza Brummel, delante de los del séquito del Regente.

—Como quieras.

Por la noche a la hora indicada por Brummel, tuvo lugar el banquete al que asistieron, además del Príncipe Regente, muchos magnates y hermosas damas, todas perdidas por una mirada de Brummel.

Entre éstas, asistía Lady Hester, esposa de Lord Stanhope, que formaba parte del séquito de Su Alteza.

Lady Hester procuró ver a solas al afortunado Brummel, a quien declaró su pasión:

—Jorge—dijo Lady Hester, cayendo en sus brazos—, apenas si te veo, y, desgraciadamente, no puedo vivir sin ti.

—Por favor, hija, que tu marido está en el salón próximo.

—Mi vida depende de una de tus miradas.

En aquel momento apareció el Príncipe.

—Alteza—le dijo Brummel—, sois un hom-

bre afortunado. Lady Hester ha venido con la esperanza de que le dispenséis el honor de una mirada.

Y dicho esto, salió Jorge, endosando aquella señora al Regente.

—Mortimer—le ordenó su amo—, avisa que mañana a las cuatro debo entrevistarme con Lady Hester.

En efecto, al día siguiente, Lady Hester y Jorge Bryan Brummel tuvieron una entrevista amorosa; mas fueron sorprendidos por el esposo burlado, quien abofeteó con un guante al hombre de moda de Londres.

De resultados de aquella entrevista se concertó un duelo a pistola, sin consecuencias para ninguno de los combatientes, pues a Lord Stanhope le falló la puntería y Brummel disparó al aire.

Al reconciliarse los duelistas Lord Stanhope dijo a su contrincante:

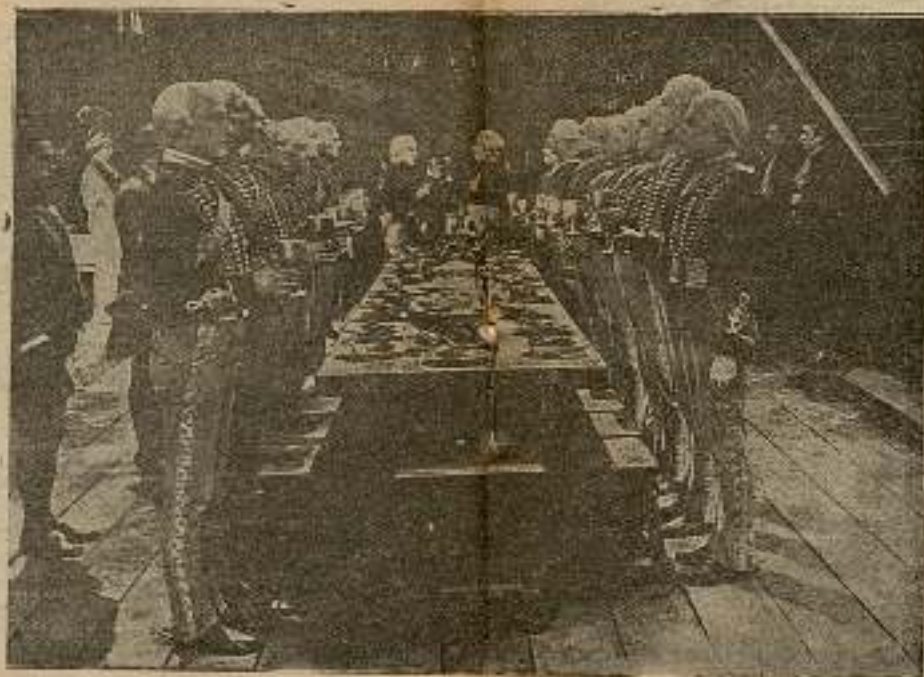
—Mañana me divorciaré de Lady Hester y vos podréis casaros con ella.

—¿Yo casarme?... No, hombre, no.

Jorge rechazó las pretensiones de Lady Hester, quien al verse libre, quiso casarse con el hombre por quien suspiraban todas las mujeres. Esta negativa exasperó a Lady Hester, quien, desde aquel día, se declaró su mayor enemiga.

IV

Para despertar el amor de Jorge, Lady Hester se hizo la amante del Príncipe de Gales.



Los oficiales pasaron a ocupar sus puestos y quedaron en posición de firmes (pág. 8).

En casa de la Duquesa de York—cuando la influencia del árbitro de la elegancia estaba en su apogeo—celebrase una fiesta la noche de Navidad, a la que asisten el Príncipe de Gales, su amante Lady Hester, Brummel y lo más escogido de la aristocracia londinense.

Ante un grupo de aristócratas de ambos sexos el Regente pregunta a Brummel:

—¿Qué opinas de mi levita?

—Que el sastre que os viste no sabe lo que es una levita.

Esa salida molestó al Príncipe, quien, impulsado por Lady Hester, empezó a volver la espalda a su favorito.

Lord Byron, que estaba presente, dió este consejo a Jorge:

—¡Cuidado, Brummel, que a veces los príncipes se vengán de las burlas de sus favoritos!

—No me preocupa. Nunca adulé a los magnates ni me humillé ante el Rey. Otra hubiera sido mi suerte si yo hubiera conocido a una mujer tierna y apasionada sin afectación.

Durante la cena de aquella noche, el Príncipe de Gales manifestó violentamente su desagrado contra Brummel; pero esto no fué óbice para que el apuesto manco se enamorase a la Duquesa de York, a quien citó en su casa para el día siguiente.

A la hora convenida Jorge Bryan Brummel esperaba a la Duquesa de York. Se abrió la puerta y apareció ante él, cubierta con un velo, una dama mucho más joven y más hermosa que la duquesa.

La dama se descubrió.

—¿Tú?... ¡Maid Margery!

—¡Sí, yo!—pronunció la esposa del coronel Lord Alvanley, quien reparando en un medallón que Jorge tenía sobre una mesita-centro exclamó: —¡Mi retrato!

—Esta hermosa criatura ya no existe para mí.

—¡Eh!

—Tú eras la mujer que yo amaba entonces, la que hoy amo, la que amaré mientras viva; pero me ha hecho cargo que ya no existes para mí; por eso llevo esta vida.

—¿La que amas!... Entonces... Lady Hester...

—Pasión de un momento, locura de un instante.

—¿Y la Duquesa, a quien esperabas?

—Me encontraba solo y ella es bastante agradable; además, ella me insinuó...

Y mientras Jorge y Maid Margery se hallaban en este coloquio aparecieron el marido de ésta, Lord Alvanley, y el Príncipe de Gales.

—Señora—pronunció con desprecio el marido—, puesto que manifestáis tan viva simpatía por este manco, quedaos con él.

—¿También vos os habéis dejado seducir por la vana palabrería de este galanteador empedernido?—preguntó el Príncipe.

—Señor!...—musitó Maid Margery.

—Voy a mandar a Brummel a Francia, en calidad de embajador, para que os olvide.

—¿Y si no acepto?—preguntó Jorge.

—Señora—ofreció el de Gales—, permitidme que os acompañe hasta la silla de mano.
Y, ofreciéndole el brazo, salieron.

V

Instigado el Príncipe por los enemigos de Brummel y, sobre todo, por Lady Hester, y resentido por la insolencia del «elegante», obsequia con una comida a sus íntimos para tomarse pública revancha.

Brummel asiste al banquete confiado en sus recursos supremos y en la atracción poderosa de su aureola.

Durante el banquete, como la Duquesa de York se entretuviese con Jorge Bryan, el Príncipe la advirtió:

—Duquesa, perdonad si os advierto que Brummel sabe amar; pero... olvida muy pronto.

—¡Palabra de Rey!—añadió Brummel con sorna.

—Palabra de Rey—replicó el Regente—que he decidido mandar a Brummel como mi embajador a París. Allí tendrá más campo para sus calaveradas... Aquí ya estamos casados de sus escándalos.

—Allí—manifestó con desprecio el elegante—debería triunfar seguramente Su Alteza Real.

—¡Mide tus palabras!—amenazó el Príncipe.

—Voy a medirlos a fuera... ¡Adiós!

Y salió. Aquella salida era la caída del valido.

En el paseo de moda, punto de reunión de la aristocracia londinense, paseábase Brummel con aire de conquistador. Llegó a pasar el Príncipe. No le molestó a Brummel ver que el Regente, para consolarse de las ofensas del «elegante», le substituyera por el famoso y popular poeta Lord Byron. Al contrario, consideró tal substitución como su mejor elogio.

Cuando el Príncipe pasó cerca de Brummel, se paró y dijo a Lord Byron en voz alta:

—Te invito a cenar conmigo después de la representación. Quiero verme rodeado de mis amigos.

Brummel se echó a reír y, cuando el Príncipe se iba, llamó:

—¡Byron, Byron!... ¡Una palabra!

El exímio poeta se separó del magnate y acercóse al árbitro de la moda, quien le preguntó en tono de mofa, señalando al Príncipe:

—¿Quién es aquel hombre gordo que se puede permitir el lujo de cenar faisanes con poesía?

—Aquél hombre gordo, Brummel—contestó el poeta—, puede ser el principio de tu ruina.

VI

Lo sacrodores se echaron sobre Jorge Bryan Brummel, amenazándole con la cárcel.

Iniciada su decadencia fué a despedirse de Maid Margery, que vivía con sus padres en el castillo Astort.

—Maid, he venido a despedirme de ti, me marcho a Calais, o de lo contrario tendré que aceptar el hospedaje que me ofrecen en la cárcel mis acreedores. El Príncipe me ha ofrecido una embajada; pero yo prefiero desligarme del Regente y ser libre.

—¡Pobre Jorge!

—¿A qué engañarte, Maid?... Mis buenos tiempos han terminado, y vuelvo a ser el mismo hombre insignificante que abandonó este jardín el día de tu casamiento. Solamente que hoy soy más pobre, estoy más triste y he perdido hasta... ¡la esperanza!

—¡Pobre Jorge!

—Pobre, pero enamorado de ti como siempre y, como siempre, recordando que he pasado a tu lado los únicos fugaces instantes felices de mi existencia.

—¿Y te vas solo a Calais, Jorge?

—Solo, sí... Ya sabes que Mortimer, mi mayordomo, quiere seguirme hasta la muerte. Es mi *alter ego*.

—¡Vete, Jorge, y que Dios te proteja!

VII

Llegó Jorge Bryan Brummel a Calais, desvalido, arruinado y alquiló una misera buhardilla para él y para el fiel Mortimer. Una mesa, una cama, dos sillas, dos platos y dos cucharas: tal era todo su ajuar. Sólo conservaba una cosa de valor: una miniatura de Maid Margery.

En Londres dejó de hablarse de los dos Jorges: uno de ellos, Jorge, Príncipe de Gales, subió al trono de Inglaterra; y el otro vivía



... dijo Lady Hester cayendo en sus brazos.
(pág. 24)

miserablemente, recordando las glorias de su esplendoroso pasado.

El tiempo, los desengaños y la pobreza iban

dejando en el rostro de Jorge Bryan Brummel una arruga, y nevando su cabeza: envejecía rápidamente. Su cuerpo se curvaba hacia la tierra. Ya no era el mismo apuesto mozo que triunfaba en Londres algunos años antes y por quien suspiraban las damas.

Un día, las calles de Calais amanecieron engalanadas para celebrar el paso del Rey Jorge de Inglaterra, aquel que, en otro tiempo, había distinguido con su amistad y sus favores a Brummel.

Este y su amigo Mortimer se hallaban en la calle.

—Desearía estar en casa antes del paso de la regia comitiva—dijo Brummel—. ¿Qué hora es, Mortimer?

—Al llegar a la plaza os lo diré.

—Es verdad que nos hemos comido el reloj.

La aglomeración del público no permitió a nuestros dos hombres que atravesaran la calle, y se quedaron ambos mezclados entre los curiosos que esperaban el paso de la regia comitiva.

No tardó en pasar. El Rey iba en una carroza y, a su lado, iba Lady Hester, quien notó la presencia del hombre que había hecho latir su corazón.

Brummel notó aquella mirada de compasión que le hizo sublevar todo su ser... ¡Aquella mujer que había delirado por una de sus miradas, hoy le dirigía una de lástima!

Vió como Lady Hester se volvía hacia el Rey y le pareció que sus labios habían pronun-

ciado su nombre, porque el Rey convirtió su mirada de desprecio hacia él. Lady Hester volvió la cabeza hacia aquel hombre tan misérrimamente vestido y aquella mirada sublevó su amor propio.

Llegado a su casa, Brummel escribió una carta al Rey que terminaba por estas palabras:

Esta tabaquera la tenía destinada al Príncipe de Gales si se hubiese portado más correctamente conmigo.

—Oye, Mortimer—le dijo Brummel—, vas a llevar esto al Rey Jorge de Inglaterra: esta carta y esta tabaquera. Pero en sus propias manos, si puede ser.

Fué Mortimer al Palacio del Prefecto donde se hospedaba el regio personaje. Este y su séquito estaban en el banquete que el Prefecto le ofrecía.

Mortimer llegó hasta el Rey, quien al leer la misiva tuvo un arranque de lástima y de cólera. El Rey leyó el contenido a su favorita Lady Hester, quien calmó al monarca:

—¡Por favor, Majestad, perdonadle! ¡Tiene un carácter tan altanero!...

—¿Qué hace Brummel?—preguntó el soberano a Mortimer.

—Señor—contestó el fiel criado—, está enfermo, arruinado y su mente desvaría.

—¡¡Loco!!—clamó Lady Hester.

—Byng—pidió el Rey a uno de los condesales—, tú que te honras siendo mi amigo, préstame cien libras.

El interpelado sacó su cartera y entregó al soberano la cantidad pedida. Después que el

Rey hubo escrito unas palabras en un papel, entregó éste y las cien libras a Mortimer, diciéndole:

—Toma, entrega esto a Jorge Brummel.

Y cuando, momentos después, se presentaba Mortimer ante su amo, radiante de júbilo por el importante socorro recibido del Rey, Jorge leyó el escrito, que decía así:

Nos aceptamos las excusas presentadas y rogamos al señor Brummel se presente ante Nos convenientemente vestido.

Jorge, Rey.

—Estoy viejo y pobre—dijo Brummel—, pero aún no tengo el aspecto de mendigo. Vas a ver al Rey, le das las gracias por su amabilidad y le devuelves este dinero; no admito limosnas. Este es mi último encargo. Y como no te puedo mantener, búscate otra casa.

Aquella noche, por primera vez en su vida, Brummel sirvióse su propia cena: un duro mendrugo de pan mojado en un vaso de agua. ¡Tal fué el menú del hombre que había sido el árbitro de la elegancia masculina.

¡Desventurado Jorge! Sus desventuras le habían aviejado extraordinariamente y habían acabado por trastornarle la razón.

Aquel día, o mejor dicho, aquella noche, después de la cena, llegó a su misera buhardilla—cual emisaria de la Providencia divina—, una mujer... La mujer que nunca había dejado de amarle: ¡Maid Margery!

—Jorge, amigo Jorge—le dijo cariñosamen-

te la hermosa mujer—, he venido con el séquito real y me he enterado de la dádiva humillante y de tu orgullosa respuesta.



Aquel hombre, Brummel, puede ser el principio de tu ruina (pág. 22).

—Maid, mi pobre buhardilla me parece hoy el cielo, puesto que tú te has dignado venir a verme.

—Jorge, me has olvidado, porque durante estos años crueles ni siquiera me has escrito una carta.

—Soy tan poca cosa, Maid.

—Ya debes saber que mi marido murió. Jorge, podríamos casarnos y ser aún felices. La llama de nuestro amor no se ha extinguido del todo.

—Maid, no quiero hacerte desgraciada. He perdido mi especial manera de ser. Estoy cansado de la vida; o, mejor dicho, ella se ha cansado de mí, y tal vez también el amor ha huido de mi lado. Le espantaron las deudas.

—Sin embargo, el corazón de un Brummel no envejece jamás.

—No, no ¡Vete!... ¡Sé feliz y déjame morir en brazos de mi desdicha!

—¡Pobre Jorge!... Te ofrecía mi amor y tú me desprecias porque crees que es la piedad lo que ha encaminado mis pasos. Te perdono, porque, desgraciadamente, te amé siempre... ¡Adiós!

Y al quedarse solo con sus pensamientos, lloró su impotencia ante el orgullo atávico en él que le impedía suplicar.

VIII

Jorge Bryan Brummel había perdido la razón. La Beneficencia Pública le había encerrado en la casa de orates de San Salvador.

Muerta en él la razón que había iluminado con sus destellos sus famosas réplicas irónicas,

sólo queda un cuerpo mezquino que va destruyéndose paulatinamente.

Mortimer, que ya le había remitido, desde Inglaterra, las pocas dádivas que ha podido recoger, se presenta a visitarle.

¡Oh, dolor!... El que había impuesto la moda y sido el árbitro de la elegancia en Londres, es, con su cara ajada, una mucca horrible y como el epitafio definitivo sobre la tumba de una existencia.

Mortimer derramó abundantes lágrimas a la vista de aquel resto humano que había sido su amo.

—Señor, ¿no me conocéis?... Soy Mortimer.

El demente miró fijamente. Su razón conservaba la fuerza del recuerdo.

—¡Sí, sí, Mortimer! sólo tú sigues tan fiel como siempre!

—Señor, vuestro amigo, el Rey de Inglaterra ha muerto y Lady Maid Matgery se encuentra muy grave.

Y al recuerdo de estos dos personajes, apoderóse de su mente enferma el delirio de pasadas grandezas.

Mortimer—decía el loco con los ojos extraviados—, date prisa, mis invitados debían llegar a las ocho; mas yo he dicho al Príncipe que a las nueve. En mi casa mando yo.

Y las visiones se suceden... ¡Son como el apoteosis del crepúsculo de una vida, horrible desquiciamiento de un cerebro!

¡Qué pena causa a Mortimer la locura de su amo!

En su delirio vió el loco a su amada enferma, acudir a su lado. La veía. Era ella.

—¡Maid!... ¡Oh, amada Maid!... Mortimer, acerca una silla a Lady Maid.

Mortimer no se movía.

—¿No me obedeces, Mortimer?

¿A qué contrariarle?... Mortimer cambió la silla de puesto como ofreciéndola a una persona invisible.

—Maid—prosiguió el demente—, espero que ahora no me abandonarás ¿eh?... Toma este vaso. ¡Bebe!... Es la última gota de mi vida. Apúrala en mi compañía... Así, así, bebe.

Y dijo esto poniendo un vaso encima de la mesa donde su mente veía sentada a Maid Margery. Tomó en sus manos otro vaso y apuró su contenido, hizo una mueca horrible, y cayó desplomado. ¡Estaba muerto!

—¡Dios de bondad—suplicó Mortimer levantando sus ojos llorosos al Cielo—, acógelo en tu seno y que tu infinita bondad le perdone!

Casi a aquella misma hora, en Londres, moría Lady Maid Margery.

¡En el más allá misterioso, desposáronse dos almas nacidas para amarse y comprenderse:

¡Maid y Jorge!



Número **BIBLIOTECA FILMS** -- 24 --
-- 92 -- Novbre.
Otro éxito del
"Título de la supremacía"

¡Una gran película novelizada en edición popular!

¡Que siga la danza!

novela de amor por las grandes figuras de la pantalla:

George O'Brien
Alma Rubens

y
Madge Bellamy

Postal: *George O'Brien* 25 cénts.

¡¡Pronto, pronto!!

La preciosa, emocionante y sugestiva novela de amor y misterio, titulada:

El lobo de París

que constituirá el décimo catorce volumen de nuestra SELECCION

Films de Amor

Núm. 7 - 18 de Noviembre

Señorita, joven.....

No deje usted de leer el séptimo libro de
FILMS DE AMOR El ideal de los
aficionados

En el que aparece la deliciosa novela titulada.

LA ESPOSA COMPRADA

demostrando como en un momento de terror,
nace la chispa del sublime amor, cuyos
protagonistas son sus artistas predilectos:

ALICE TERRY y CONWAY TEARLE

Zasu Pitts :: Wallace Beery

Huntly Gordon

Cubierta a varias tintas :: Literatura selecta
64 páginas de texto profusamente ilustrado

Postal: ALICE TERRY

50

cts.

¡Otro éxito del **Título de la Supremacia**
lo ha conseguido el número 88 de

SELECCIÓN

de

BIBLIOTECA FILMS

con la novela de un ser que triunfa del pre-
juicio de las leyes humanas

Conciencia contra ley

Creación del eminente y simpático

MICHAEL VARKONYI

Emoción : Realidad : Amor

Cubierta a varias tintas : Literatura selecta

64 páginas de texto ameno, ilustrado con
preciosos grabados

Postal **Varkonyi**

Precio: **50 cts.**

**La mejor novela cinematográfica de
LOS MÁS GRANDES FILMS**